



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 1.º de Agosto de 1884.

Número 31

TINTERO, PAPEL Y PLUMA.

HISTORIA FANTÁSTICA DE UN ATAQUE DE NERVIOS.

Si me prometes querido lector guardar el más profundo secreto, te contaré un suceso que le ocurrió hace algunos años á un abogado amigo mio (bastante demagogo por cierto) y que solo de oirlo parece que se le eriza á uno el cabello.

Es el caso, me decia mi amigo, que allá por los tiempos en que empecé á ejercer la abogacia y cuando precisamente me hallaba en ese estado de victima en que los consabidos parientes, pobres, patriotas y petardistas suelen poner al iniciado en las doce tablas tocóme el mochuelo de asesorar á cierto juez municipal lego en una gravísima causa de asesinato. Tres desalmados habian matado y mutilado horriblemente á un jóven de un pueblo comarcano. La causa sobreseida algun tiempo atrás por falta de pruebas, habia abierto nuevamente sus fojas que eran muchas, á consecuencia de un nuevo rayo de luz que iluminaba la pista de los asesinos. La espada de la ley habia vuelto á desnudarse y era yo el encargado de esgrimirla.

Podrá comprenderse mi disgusto si se tiene en cuenta la índole del proceso que era de esos que no dejan á la sentencia más que dos caminos; la absolucion ó la muerte. Cuando pensaba en el primero, sentia peso en la conciencia y cuando volvía los ojos al segundo, lo sentia en el corazon. Estaba, pues, en la posicion en que se encuentra un hombre que no sabe por donde tirar.

Sin embargo, yo debia cumplir con mi deber y necesitaba decidirme.

Un dia lo hice por fin, tomé la pluma y empecé á rasguñar resultandos. Despues vinieron los *considerandos* y por fin llegó la hora de fallar.

Iba á decidir (salvo los tribunales superiores) de la vida de tres hombres. Un sudor frio corrió por mi cuerpo. Mis nervios ya escitados por aquel ingrato trabajo, se pusieron tirantes como cuerdas de violin en dia de viento y dió principio en mi interior á uno de esos desconciertos en que cada uno de los elementos de nuestro organismo á manera de músico indisciplinado pierde el compás y nos hace perder la paciencia.

Sin embargo, yo debia cumplir mi cometido. Desprecié el ataque y continué escribiendo.

De pronto noté que el papel en que escribia sonaba de un

modo extraño. Parecíame que trabajaba sobre un tímpano sonoro que respondia al rasguear de mi pluma. Luego aquel sonido creció, pareció articularse y de repente ¡oh prodigio! oí una frase clara y distinta, tan clara y distinta que ya no pude dudar de que el papel hablaba.

Júzguese de mi estupor.

—Asqueroso líquido, dijo la voz del papel dirigiéndose á la tinta segun comprendí, ¿hasta cuando estaré condenado á sufrir que manches mi blancura inocente? ¿Hasta cuando tendré que soportar la carga de infamias que echas cada dia sobre mi immaculada superficie? Yo que siempre he sido el más cándido y puro de los hijos de la industria humana, merced á tus intencionados borrones, me convierto á cada instante en el objeto más aborrecido de la humanidad. Y el caso es que la humanidad tiene razon para aborrecerme, porque raro es el dia que no le hago verter un rio de lágrimas. Ya me convierto en carta amorosa que engaña á la mujer inocente; ya en periódico sedicioso que engaña al pueblo sencillo, ya en libro filosófico que corrompe á la sociedad, ya en anónimo que calumnia, en novela que desmoraliza, en pleito que arruina, en sentencia que mata. Yo lo soy todo y sin embargo yo no soy nada, porque tú eres la que mientes, la que calumnias, la que desmoralizas, la que afliges, la que matas.

Yo estaba mudo de espanto: no podia volver de mi sorpresa. Pero calculesé á donde llegaria ésta, cuando empecé á notar que en el tintero sucedia algo. Un rumor de hervidero empezó á agitar la tinta.

La tinta vá á defenderse, dige para mis adentros, no dudando ya de ninguna diablura.

En efecto, á poco, salió de ella á borbotones una voz como de hombre sumergido, gritando:

—Mientes, necio papel. La primera vez que has hablado, has sido para decir necedades. ¿Qué culpa tengo yo de los males que enumeras? ¿Cómo, pobre ciego, has podido forjarte la ilusion de que sea yo la causa de tantas desdichas? ¿No comprendes infeliz, que yo, como tú, no soy más que un instrumento de ajenas mañas, una victima de ajenas travesuras? Mira esta sierpe que se me viene encima, dijo, refiriéndose á la pluma que yo mojaba en aquel momento. Esta es la que me obliga á mancharte para daño de los hombres.

No habia acabado la tinta de pronunciar estas palabras, cuando se estremeció el palillero de la pluma.

Se habia resentido y con razon; la tinta echaba sobre ella graves responsabilidades.

—Si no fueseis tan ignorantes y tan majaderos, exclamó replicando al tintero y al papel, os tendria por malvados. ¿Con qué derecho me haceis cargos á mí, esclava miserable, de la mano derecha de todos los hombres torcidos que se conocen? ¿Qué soy yo si no el arma de que se valen los tunos para hacer sus tunantadas? ¿Creéis que si en el mundo no hubiese escribanos y escribientes, escribas y fariseos, me meteria yo á escribir lo que no me importa? Más claro, y para que se me oiga. ¿Creéis que si en el mundo no hubiese abogados que dictasen sentencias de muerte...?

No la dejé concluir. El rumor de la indignacion me caldeó el rostro: aquello era una alusion personal.

—Y si en el mundo no hubiese leyes, exclamé, ¿dictaria yo sentencias? Cúlpese á las leyes y no á los que las aplicamos en cumplimiento de nuestro deber.

—Cómo se entiende, culpar á las leyes? exclamaron todos los libros de mi estante armando una revolucion de todos los diablos.

Las Partidas se hacian pedazos, el código penal se me embestia como un basilisco.

—Si no hubiese legisladores, decian agitando sus hojas, nosotros permaneceriamos tan inocentes como el papel blanco que tiene V. debajo de su cartera. Lo oye V. Sr. Picapleitos. A los legisladores con esas.

—¿Quien se atreve á nombrar á los legisladores? contestaron sacudiendo sus telarañas todos los tratadistas de derecho que tenia en el armario. No faltaba más si no que se nos echase á nosotros el muerto haciéndonos responsables de pecados ajenos. Nosotros redactamos las leyes y confeccionamos los códigos por disposicion de la autoridad de los reyes.

Oír nombrar á los Reyes y empezar á dar saltos furiosos una cosa pequeña que habia sobre la mesa fué obra de un instante. Eran tales los saltos que yo no podia distinguir bien el objeto que los daba. De repente detúvose un poco y descubrí lo que era. Era una caja de fósforos con el retrato de Luisa Miquel.

—Abajo las autoridades, abajo los Reyes, gritó D.^a Luisa. Ellos son la causa de nuestros males, viva la libertad, el colectivismo, la anarquía únicos remedios capaces de salvar el mundo.

—¡Vivaaaaa! contestaron todas las cabezas de fósforos contenidas en la caja, inflamándose de repente y comunicando la llama al papel, tintero, libros, mesa y cuantos trastos habia por enmedio.

Una mortal congoja se apoderó de mi corazon. Iba á arder mi casa, mi familia mis hijos. Quise gritar y no pude.

Entonces abrí los ojos y esperí menté otro asombro. Un retrato, el de Felipe segundo; el rey de más calzones que registra la historia. se sonreia con esa calma que dá la fortaleza y la razon.

De pronto abrió la boca y habló como si estuviera vivo.

—En vano derribareis tronos y cambiareis instituciones, dijo, en vano inventareis repúblicas y democracias, pues con repúblicas y con democracias lo mismo que con imperios y monarquías tendreis siempre que sufrir el yugo de las leyes. Cuando no querais sufrir unas, tendreis que sufrir otras. Si un dia mató la espada de la autoridad otro dia matará la guillotina de la revolucion. Esto os probará que las leyes con todos sus horrores y tiranias no son hijas del capricho de los que mandan sino de conducta de los que obedecen.

—Calla tirano exclamó Luisa ¿serás capaz de negar el progreso?

—No lo niego, pero afirmo que ese progreso no viene mudando leyes sino adquiriendo virtudes que son las únicas que

realmente matan las tiranias. Tan ridiculos sois los revolucionarios que clamais contra la autoridad como el delincuente que clama contra el magistrado que le sentencia. Quitad los delitos y suprimireis las sentencias. Quitad las maldades y suprimireis las cadenas. Pero si no las quitais resultará que mientras haya maldades habrá coacciones y mientras haya crímenes habrá verdugos.

—Queremos la libertad.

—Haceos dignos de ella. La libertad es siempre el resultado de las buenas costumbres. Es con relacion á estas como el fruto con relacion al árbol que lo produce. El hombre es libre cuando merece serlo, pero cuando no lo merece, en vano arrancará sus cadenas de una mano, porque se le pasarán á la otra. Desengañaos. La sociedad será siempre hija de sus costumbres asi como el hombre es hijo de sus obras.

Al llegar aqui, el incendio creció de un modo extraordinario. La voz destemplada de la gran demagoga se me metia por los oídos. Aquella mujer no entendia de razones. Parecia un diputado á córtes.

—¿Quién estableció, gritaba, ese eterno equilibrio, esa compensacion eterna que hace al hombre hijo de sus obras y á los pueblos hijos de sus costumbres?

—La justicia de Dios.

—Pues no más Dios, gritó la revolucionaria. Abajo Dios, es preciso gozar. Queremos la libertad, pero no la de la virtud sino la del vicio. No queremos freno; no queremos justicia. Queremos nuestro placer aunque sea á costa del ajeno dolor. Queremos nuestro albedrio aunque sea á costa de la agena esclavitud. Queremos hacer nuestra voluntad aunque sea contra la razon. Francamente y en menos palabras queremos hacer lo que nos acomode y vivir á nuestro antojo. Si esto es malo, viva el mal; si esto es vicio, muera la virtud. Si esto es satánico, viva Satanás y caiga hasta el mismísimo.....

—Gracias Señora dijo, un hombre horriblemente feo y con un rabo de dos varas. Gracias por la parte que me toca. Pero á otra vez, procure V. embozar mas las ideas por que á los diablos no nos gustan las cosas tan claras.

Dichas estas palabras fué tan grande el olor á azufre que se produjo en la habitacion, que empecé á manotear como un hombre que se ahoga.

—¿Ve V. Señora? dijo en aquel instante una voz amiga que conocí en seguida. ¿Ve V. como el eter hace prodigios para los nervios?

En efecto, el olor á azufre que yo notaba, era que el médico me estaba metiendo venablos por las narices para hacerme volver en mí.

Todo habia sido un ataque nervioso. Pero ¡ataque que me habia curado radicalmente y para siempre de mis manías democrático-demagógicas.

Desde entonces, me borré del clup socialista; dejé la suscripcion de varios periódicos desarrapados y me volví de cara á Dios con quien hasta aquella fecha habia vivido de espaldas.

Te has vuelto neo, decian mis amigos. Te has hecho retrógrado. Te has pasado al oscurantismo.

—Al contrario; les contesté con energia, precisamente nunca fui más avanzado en ideas. Tanto, que estoy fundando una sociedad para desterrar del mundo los tinteros, papeles y plumas, los tribunales con abogados y todo, las leyes civiles y penales, los presidios, las quintas, los ejércitos, la policia, los reyes.. En una palabra, una sociedad para derribar todo lo existente y fundar una Republica en que todos seamos felices.

—Y ¿qué sociedad es esa?

—La hermandad contra el pecado mortal.

Una carcajada general acogió mis palabras, pero á través de la broma, mi pensamiento se comprendió perfectamente.

La perversion de las costumbres es la verdadera rémora de la libertad.

Luego.. en vano será hacer revoluciones para mudar las leyes mientras los hombres no procuremos ir mudando por adelantado nuestras ideas y nuestros corazones.

Aquí dió fin la historia de los nervios de mi amigo y aquí da fin también este artículo en el que no hago si no contar lo que me contaron.

000.

LA CONFESION DEL DIABLO.

LEYENDA.

Ocupábase un buen cura de cierto pueblo de Colonia en oír las confesiones de sus parroquianos que se disponían al cumplimiento Pascual, cuando de pronto vió en la iglesia á un hombre desconocido de vigoroso aspecto y de ese color atezado y moreno que presentan los viajeros que vienen de muy lejos y han sido heridos por los rayos del sol.

Mezclóse el desconocido entre los fieles pero mantúvose erguido y sin arrodillarse cerca de una hora que fué necesario transcurriese para que le llegase su turno. Su aspecto arrogante y su insolente mirada, hacían bajar los ojos á todos los penitentes. La especie de satisfacción orgullosa que animaba su rostro cada vez que uno de los penitentes se acercaba al cura, cambiábase en signos de extrañeza y estupefacción cuando veía al confesado levantarse absuelto.

El cura hallábase algo turbado. Sin embargo procuró recoger su atención en el cumplimiento de un augusto ministerio.

Cuando fueron despachados todos los parroquianos, dando el forastero algunos pasos ruidosos se colocó delante del cura que por su parte parecía esperarle.

—¿Quereis confesaros, hermano mio? le preguntó.

—Sí, respondió el desconocido con una voz ronca.

—En ese caso podeis arrodillaros.

—Es que me es imposible hacerlo.

Y al decir estas palabras, su voz pareció sonar como el silbido de una serpiente.

El cura, creyendo que quizá alguna enfermedad se lo impedía al pobre hombre, le rogó solamente que se inclinase un poco hacia la regilla y que empezase á rezar su *Confiteor Deo*.

Me es imposible también, dijo el penitente, porque no lo sé.

—¿Quién sois pues?

—El que estás viendo.

—Vuestro nombre.

—No tengo nombre.

—Pero.... vuestro país.

—No podeis conocerle. El sol jamás lo alumbra.

El buen cura pensó si acaso sería aquel alguno de esos pobres seres que habitan cerca del polo norte; tal vez algun esquimal. El sabía que aquellos desdichados países se hallaban sumido en las mayores tinieblas materiales y espirituales y movido de compasión empezó á saborear anticipadamente la dicha de salvar un alma redimida con la sangre de Jesucristo.

Sin embargo una nube misteriosa oscurecía su inteligencia; porque ni siquiera pensó en preguntarle si estaba bautizado ó si era cristiano. Quizá pensaría que sobran semejantes preguntas á un hombre que no sabía su nombre ni tampoco la *Confesion general*. Comenzó, pues, á interrogarle acerca de los siete pecados capitales antes de entrar en el examen de las ofensas contra los mandamientos de la ley de Dios.

El desconocido confesó pecados tan enormes, tantos homicidios, tantos robos de todo género, tantos perjurios, tantas impurezas, tantas y tan atroces blasfemias, tantos y tan monstruosos crímenes, que el pobre cura, espantado ante una conciencia tan repleta, exclamó:

—¡Pero, hermano mio, aun cuando hubiéseis vivido mil años apenas tendriais tiempo para cometer todas esas abominaciones!

—No solamente he vivido más de mil años, respondió el desconocido, sino que aun no he descargado la mitad del peso que me abruma.

—Pues ¿quién sois? replicó el padre asombrado.

—¡Ay de mí! exclamó el penitente, soy un ser mirrerable, cuya desgracia no tiene medida: soy uno de los angeles caidos del cielo con Lucifer.

El sacerdote retrocedió horrorizado. Mas procurando dominarse le dijo:

—¿Y qué fruto esperais sacar de la confesion?

—Uno grandísimo. He observado que todos los que se os acercaban iban encorvados bajo el peso de pecados diversos. He visto pasar ante mis ojos mil pecados vergonzosos y enormísimos; y no obstante su enormidad, los veía desaparecer inmediatamente que les absolvíais, quedando las almas de los confesados en gracia, y estas buenas gentes en estado de poseer la eter-

na bienaventuranza despues de un poco de purgatorio. Me ha seducido la esperanza de participar de esta gracia, y he querido imitarlas.

El virtuoso sacerdote permaneció estupefacto durante algunos instantes, despues de los cuales pensó para sí: «Dios perdona al arrepentimiento y á la humildad; al darnos el poder de «atar y desatar no excluyó á nadie. Por una palabra de humilde «contrición, el Divino Maestro perdonó al ladrón que junto á él «estaba crucificado...»

Y dirigiéndose al demonio, añadió:—Este paso que ahora dais es un favor de Dios. Mas la absolucion que pretendéis no tiene valor sino á condicion de una penitencia aceptada. Si quereis cumplir sinceramente lo que voy á imponeros, todas vuestras faltas serán ciertamente perdonadas.

—¡Oh! ¡sí! pronto estoy, respondió vivamente el demonio; y para probaros que no habrá nada que me parezca duro, os citaré lo que contestó no ha mucho, en esta misma diócesis, uno de mis compañeros de destierro, á un exorcista que le preguntaba sino lloraba la pérdida de la gloria.

«Imagínense para mí los más horribles tormentos; hágase «una columna de hierro y fuego erizada de agudas y cortantes «espadas que llegue desde la tierra al cielo; déseme un cuerpo «de carne; y que se me tire incesantemente desde lo alto de la «columna hasta el día del juicio final: gustosamente me someto «á este suplicio para recuperar el cielo que he perdido.»

Pues no solamente esta penitencia, sino otra peor acepto, si es necesario, para reobrar el cielo.

El cura sumamente conmovido y edificado, pensó nuevamente:

«A tal arrepentimiento no puede negarse la misericordia.»

—Hermano, le dijo, Dios es la bondad misma. No os impondré en manera alguna las tremendas expiaciones que estais dispuesto á sufrir. Vuestra buena voluntad bastaria para purificaros si vuestro arrepentimiento es sincero. Os impondré una penitencia muy suave. Por espacio de un año os prosternareis tres veces al día hácia Oriente y direis:

«¡Oh Dios mio, Criador mio! soy un miserable; me arrepiento de haberos ofendido, perdonadme, Dios! ¡Virgen Maria, rogad por mí!

El demonio permaneció mudo y como clavado en su sitio...

—¿Lo cumplireis? preguntó el Cura:

—¡Imposible! contestó el diablo, alzando con arrogancia la orgullosa frente, la humildad es un castigo que no puedo aceptar.

Y dando un estallido espantoso desapareció, dejando al cura con el temblor de la muerte.

Al día siguiente, el cura más muerto que vivo dirigía desde el púlpito á sus feligreses estas palabras:

Hijos míos, la soberbia es el mayor de los pecados mortales. No en vano nuestra madre la Iglesia lo ha puesto el primero como el capitán de la compañía.

El arrojó desde el cielo á los ángeles convertidos en demonios y él impide la mayor parte de las veces á los hombres variar de costumbres y llegar á ser ángeles. Pues bien, hijos míos, ¿sabeis lo que os digo? que contra soberbia humildad. Porque el que no aprende á bajar la cabeza no cabe por la puerta del reino de los cielos que segun el Divino Maestro tiene muy bajos los dinteles.

C. P.

VARIEDADES.

EL PERRO Y EL GAZAPO.

(FÁBULA.)

En un bosque apartado
Moraba un Perro,
En la caza muy ducho,
Horrible, feo,
Que mucho importa
Indicar su figura
Para esta historia.

Es caso que el maldito,
De allí distante,
De conejos vislumbra
Copioso enjambre,
Que alegre salta
Por todo aquel recinto
Entre las matas.

Y con rabia los mira,
Como al soslayo,

Sin correr á su encuentro,
Sin dar un paso;
Mas gruñe y ladra,
Y, enseñando los dientes,
Se le hacen agua.

En esto, presuroso,
Levanta el brinco;
Y ¡zás! ya está en su boca
Un Gazapillo,
Que en vano grita:
De toda su falange
Nadie le libra,

—«¡Malvado! clama el triste,
Entre las ansias:
¿Por qué en mi carne solo
Tus dientes clavas?
¿No tienes cerca
Conejos tan rollizos
Como terneras?»

—«¿No ves, replica el Perro,
Que estoy atado?
Que, al largo de mi cuerda
Tan solo cazo?
¡Ah! De otro modo
¿Quién quedara con vida
En el contorno?»

La culpa es tuya toda,
Pues me buscaste;
Y así, sin mas retóricas,
Muere al instante,»
Murió en un verbo.
¡Ojalá que su historia
Traiga escarmiento!

*Ay! de muchos cristianos
El fin es este,
Atado está el demonio,
Ladra y no muere;
Mas quien le hurga
Brindándole ocasiones,
Muere en sus uñas.*

(Fábulas ascéticas.)

OBRAS SON AMORES.

En Tolon y Marsella se ha recurrido á las hermanas de la Caridad, espulsadas antes de los hospitales, para que se encarguen de cuidar á los coléricos, porque los enfermos laicos se niegan á llenar este servicio.

Víctimas de su caridad han muerto varias de estas hermanas á la cabecera de los coléricos en Tolon. Sus funerales han estado concurridísimos y han sido una tierna y brillante manifestacion de gratitud á las heroicas hermanas de la Caridad.

En España tenemos ya con igual motivo un testimonio más del heroismo de las órdenes religiosas.

Los RR. PP. Jesuitas, residentes en Valencia, han ofrecido á la Junta Local de Sanidad para el desgraciado caso de que el cólera visite esta Ciudad, su hermosísima casa, colegio de S. José, situado en el mejor punto de Valencia, paseo de la Pechina, para hospital de coléricos.

El Rdo. P. Guardian de los frailes Capuchinos de Fuenterrabía, en nombre de toda la comunidad ha ofrecido su convento para hospital de coléricos, y los mismos frailes se han ofrecido para servir de enfermeros, habiendo dado libros para que los detenidos en los lazaretos de Irun puedan hacer más llevadero el tiempo.

Los seis lazaretos establecidos en Irun se hallan servidos por hermanas de la Caridad, haciendo por sí mismas toda la limpieza, camas, etc., causando la admiracion de los que nunca las habian tratado de cerca, al ver la paciencia y trabajo de las hermanas que no descansan un momento ni de dia ni de noche.

Estos bellos ejemplos nos dan á conocer una vez más que las órdenes religiosas son las primeras en acudir allí donde pueden ser útiles á la Religion y á la Sociedad.

¡Notable y providencial coincidencia! Rasgos tan nobles, ofrecimientos tan generosos, tienen lugar en los mismos dias en que se cumple el quincuagésimo aniversario de la horrible y nefanda matanza de estos héroes del Catolicismo.

Nos referimos á la matanza de frailes hecha el año 1834 en nombre de la libertad.

Véase como lo refiere nuestro estimado colega «El Obrero Vasconavarro».

«Era el 17 de Julio; el cólera, ese azote del cielo que parece ser el chacal de las revoluciones hacia estragos en la Côte. Los religiosos y clérigos compartian caritativamente el ministerio de consolar á los en-

fermos y confortar á los moribundos, cuando algunos malvados en odio á la Religion hicieron correr la voz de que los frailes habian envenenado las fuentes. Esta por tantos titulos estúpida como inverosímil invencion, no hubiera podido engañar ni aun á los hombres demenguado criterio; pero la farsa estaba bien ensayada, y los sacrilegos asesinos corrieron presurosos á desempeñar su criminal papel. Los grupos se dirigieron al Colegio de S. Isidro con objeto de asesinar á todos los jesuitas del colegio. Los superiores mandaron á la comunidad reunirse en la capilla. *Esta es la hora, hermanos, de ser jesuitas*, gritaba con voz firme un anciano septuagenario, á los religiosos desparvoridos; todos los que no lograron alcanzar reunirse en la capilla, fueron horrorosamente asesinados hasta el número de quince. La tranquilidad de aquellos hombres que santamente aguardaban la muerte admiraba hasta á los mismos verdugos. Acércanse á la capilla y como que los que dirigian á los sicarios no eran personas vulgares, sabian que entre los refugiados al pié del altar, estaba el hermano Muñoz, cuñado de la *Gobernadora*. Quieren salvarle y este se niega á salir y aceptar el privilegio, si es que no lo hacen estensivo también á los demás hermanos de Religion. Los que esperaban la muerte por momentos se vieron libres de esta manera inopinada. El odio llevó los puñales al Colegio de los Jesuitas; la codicia al Convento de San Francisco el Grande, donde un puñado de malhechores asesinaron á diez y ocho presbiteros casi todos ancianos y por varios titulos respetables, cuatro coristas, once legos y ocho donados. Iguales escenas se repitieron en Santo Tomás y la Merced, muriendo en este nueve religiosos, entre ellos el provincial que se hallaba orando en el coro, y siete en aquel. Los asesinados en número de 72 españoles indefensos é inocentes, eran lo mejor y más útil que encerraban aquellas comunidades en sus respectivas clases. Pero echamos un velo sobre este punto histórico y no digamos una palabra sobre tan sangrientos y sacrilegos atropellos porque si es verdad que la España no los ejecutó, la España se ruboriza en recordarlos. Dios ha juzgado ya á los autores de tamaños atentados.»

Entre tanto, el pueblo español puede ir ya juzgando por una parte á los *civilizados* que matan, y por otra á los *oscurantistas* que aun dan la vida por salvar la de su verdugo.

PENSAMIENTO.

Cuando mejor puede conocer el hombre lo que vale la religion es en los dias de su infortunio.

Entonces es cuando ve claramente que solo en la religion estriba la verdadera fuerza del alma.

000

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA.

Así se titula la biblioteca económica que bajo el patrocinio del beato José Oriol, fundó hace algunos meses en Barcelona el Dr. D. José de Palau y Huguet, y que tanta bien está llamada á hacer al catolicismo y á las letras pátrias.

Cuarenta y dos volúmenes lleva publicados todos ellos de obras escogidísimas debidas á la pluma de autores españoles.

No podemos menos de recomendar tan selecta publicacion á los que gusten de leer buenos y hermosos libros.

Los que deseen adquirir más datos sobre esta biblioteca pueden dirigirse á la administracion de la misma.—Angeles 14—Barcelona.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, nuertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN DIRECTA.

	Península.	América.
Una accion.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2	3 50
Un cuarto id.	1	1 25
Un octavo id.	50 cénts.	»

Por medio de correspondal 25 cénts. de peseta más por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, S. ORI-HUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo, y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.